

en la opresión porque continúan siendo víctimas de los mitos, de las supersticiones y de la ignorancia, y porque viven en la irracionalidad primitiva en que los mantienen alienados y que *les fomentan sus clases o poderes dominantes mismos* (sean éstas nacionales como la aristocracia de los Márquez Iguarán o las burguesías locales; o extranjeras como los poderes coloniales e imperialistas), García Márquez viene a decirnos que es todo lo contrario: que es la *razón* y la conciencia histórica, la fe en la historia, en sus luchas y en nuestra posibilidad de transformarla política y revolucionariamente, aunque fuere con la clase obrera (José Arcadio Segundo), aquello que acarrea opresión o la manifiesta. Y que ésta no es social y de clase —dentro de lo cual debiera entenderse el patriarcalismo—, sino que es el producto de orígenes, de razas y naciones *como tales*, sean la norteamericana, la árabe, la disfrazada como «gitana», la francesa y la belga, o los «cachacos» de Colombia «la gente del páramo...».

Y ahora, su discurso de aceptación del Premio Nobel<sup>39</sup> se dirige contra el «racionalismo», que una vez más atribuye a Europa y Occidente, como si la razón no fuera a la vez condición y resultado inevitables de todo desarrollo humano, en cualquier parte del mundo, y como si Latinoamérica fuera el continente de la esperanza por «tener menos» de ella... Luego de enumerar toda clase de hechos «maravillosos» que siendo extraordinarios y dispares sólo *parecieran* negar la realidad racional, enumera entonces distintos males y formas de opresión e injusticia que sufre Latinoamérica. Y concluye:

«Los talentos *racionales de este lado del mundo* [Europa]... se han quedado sin un método válido para interpretarnos... insisten en medirnos con la misma vara con que se miden a sí mismos... [cuando] la interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres...» (El subrayado es mío.)

En otras palabras, García Márquez le está diciendo a Europa, la supuestamente «racionalista» que hoy premia su obra anti-racional, lo siguiente: «Dejen tranquila a Latinoamérica a la que ustedes “le impusieron” la razón... Déjenla “libre”, irracional, viviendo en el mito, en el primitivismo y el atraso, en el mundo “mágico” del “salvaje noble”, en la felicidad natural de la inconciencia, en las “maravillas” de la ignorancia y la superstición fuera de la ciencia que es conciencia, de la técnica y del progreso que puede y debe ser liberador, fuera de la Historia, fuera de la revolución... Así nos dejarán más libres sin “esquemas ajenos”...» Para ello, el escritor vuelve a ignorar que el mito y la utopía irracionalista del hombre primitivo que vive feliz «en comunión» con la naturaleza y fuera de la cultura, la sociedad y el progreso no nació en América Latina, sino que ha aparecido y aparece continuamente en todo el mundo desde el inicio de los tiempos, desde que existió el mito<sup>40</sup> que la versión occidental y actual de este mito, tal como lo hereda García Márquez nació precisamente en Europa; que las tribus de «salvajes nobles» en que Rousseau y su siglo se basaron para recrear este concepto utópico eran en realidad caníbales...<sup>41</sup>, que —como bien lo desnuda un

<sup>39</sup> «La soledad de América Latina» (Discurso de recepción del Premio Nobel, 1982), *Combate* (Estocolmo), núm. 90 (febrero, 1983), págs. 14-15.

<sup>40</sup> MIRCEA ELIADE: *Myths, Dreams...*, *op. cit.*, *passim*.

<sup>41</sup> *Ibidem*, cap. 2: «The Myth of the Noble Savage or The Prestige of the Beginnings», págs. 39-60.

crítico— la percepción «realista mágica», así como la «real maravillosa» de América Latina, trata de ver a este continente con los ojos irracionalistas del surrealismo europeo, con una mirada que al mismo tiempo se deriva de una valoración positiva de prejuicios o utopías colonialistas (ambos se confunden) sobre los así llamados pueblos «primitivos»<sup>42</sup>; y que estos conceptos nos ven como los colonialistas e imperialistas quieren y les interesa vernos, en la subordinación y sumisión *inconscientes*, sólo posibles en la irracionalidad.

Por otra parte, ¿acaso no reproducen las palabras del autor el mito interesado de los gobernantes y dictadores que en Latinoamérica como en el mundo entero rechazan y combaten la noción histórica de clases y de revolución (el marxismo) porque —debido a que apareció y se intentó primero en Europa y no en nuestro continente (e incidentalmente, como la expresión más alta de siglos de avance en ciencia y en razón)— éste es una «ideología foránea», un «esquema ajeno»? Y a la inversa, ¿cuán «racional» puede considerarse una Europa cuyas academias (como la sueca) han llegado a otorgar también un Premio Nobel ¡de la *Paz!* a un Menachem Beguin, invasor y destructor del Líbano y exterminador del pueblo palestino? ¿O el de Economía a un Milton Friedmann, inspirador teórico de hambrunas y estrecheces con las que Chile y otros pueblos sufren hoy día en el esquema dominante al que alienta sus teorías? ¿Y cómo explicarse entonces que haya sido un «racionalista francés» como Jean Paul Sartre el único que hasta hoy haya rechazado dignamente el de Literatura que se le otorgara por motivos de básicos principios similares a los antes señalados? A conclusiones como las planteadas por el escritor colombiano sólo puede arribarse si, como él lo hace, se borran los contornos y explicaciones políticas, históricas y de clase, para suplantadas por el viejo mito de «el carácter nacional», o «continental», o racial, geográfico, en una palabra *original* de los pueblos, para negar xenofóbicamente la *universalidad* de los problemas, de ideologías y contraideologías, de doctrinas e ideas, de «racionalismos» e «irracionalismos», para el marxismo todos éstos revestidos, por el contrario, de un carácter tan universal e internacional como el que tienen las clases sociales y sus intereses o necesidades mismas. (Lo cual, por supuesto, no significa negar las características idiosincráticas locales *con las cuales* se dan las realidades e ideologías universales).

Estas constituyen sólo algunas de los cientos de contradicciones aberrantes en que se basa también su obra puramente ideológica que, seguramente para pasmo de las generaciones futuras liberadas de mitos, pasa por ser la más revolucionaria del continente, obra que es monumento, «orgullo» literario de Latinoamérica. ¿Debemos concluir que esto sigue sucediendo y sólo es posible en la medida en que aquellos lectores que aún viven en el mito se ven a sí mismos retratados por una obra que de paso fomenta y reafirma sus propios prejuicios y su propio atraso? Pero entonces, ¿qué decir de aquella crítica supuestamente marxista que rescata su obra como progresista y como propia?<sup>43</sup> ¿No estamos otra vez frente a ese notorio malentendido del

<sup>42</sup> HORST ROGMANN, *op. cit.*, pág. 52. Véase también Napoleón N. Sánchez, «Lo real maravilloso americano o la americanización del surrealismo», *Cuadernos Americanos*, vol. 37, núm. 4 (julio-agosto, 1978), págs. 69-95.

<sup>43</sup> Examínese con este fin la selección de elogiosos artículos, muchos escritos por marxistas, en *Sobre*

marxismo mecanicista y vulgar aplicado a la literatura y el arte, una de cuyas premisas básicas más erróneas es la de que si un escritor demuestra indudable calidad en sus logros estéticos y formales, y nos impresiona con su gran talento *literario* como indiscutiblemente lo hace García Márquez en *Cien Años*, entonces su obra debe ser por obligación y «de alguna manera», revolucionaria? (Si no, ¿cómo explicarse la calidad en otros medios?) Y que si ésta no lo parece tanto (o, por último, si no sabemos si lo es o no lo es), entonces debe utilizársela para nuestras necesidades contingentes, publicitariamente (o si no al autor), en función de fines que a largo plazo sí lo son, independientemente de la violencia que así se haga a la verdad, y sin que importen las actitudes y creencias que esta obra *en sí misma* fomenta y seguirá fomentando a largo plazo y por generaciones en la conciencia y la sensibilidad del público masivo a la que como best-seller se dirige?

Estas premisas, que tanto han impedido a la crítica «marxista» una comprensión y explicación científicas del arte y la literatura, así como de las obras individuales, se niega todavía a entender que el talento literario formal y estético —cuando se lo considera separadamente de los contenidos *en los cuales y para los cuales se logra*— es una *técnica* y un talento *profesional*, no menos que aquellos del excelente ingeniero, mecánico o físico nuclear, y que como tal puede aplicarse a una obra que, en su perfección técnica, puede servir tanto para un barrido como para un fregado ideológico: para diseñar armas contra los pueblos como para construirles escuelas o, en el caso en cuestión, para la sensibilidad consciente como para el instinto inconsciente, etcétera. No de otro modo podría comprenderse la dialéctica implícita en un juicio de Lenin, quien concluía una vez, y sin ironía alguna, que era posible encontrar «buenos escritores reaccionarios»<sup>44</sup>. Esta falsa concepción es la misma que intentara combatir Trotsky en sus discusiones con los partidarios del *proletkult*, para quienes todo «gran» escritor (un escritor de objetiva calidad estético-formal), como Puchkin, «pertenecía» o «debía pertenecer» al punto de vista del proletariado, o a la así llamada e inexistente «cultura proletaria». Entonces, el dirigente marxista se veía obligado a replicar impacientemente con una frase que, allí aplicada al poeta ruso, hoy le calza perfectamente al colombiano: «La lengua de Puchkin es, en verdad, espléndida (¿qué más se puede decir?), pero le sirve para expresar una visión del mundo de aristócrata»<sup>45</sup>.

MORKOS MECKLED

45 *Titania Close*

COLCHESTER, Essex CO4 3TB

(Inglaterra)

---

GM, *op. cit.*, obra publicada inicialmente por Casa de las Américas de Cuba, bajo el título *Recopilación de Textos sobre GM*, La Habana, 1969.

<sup>44</sup> Citado por Pierre Macherey, *op. cit.*, pág. 134.

<sup>45</sup> LEÓN TROTSKY: *Literatura y Revolución. Otros escritos sobre la literatura y el arte*, 2 vols., Ruedo Ibérico, Barcelona, 1969, vol. 2, pág. 6.